

“Entre las muchas virtudes que debe tener el hombre en sociedad, y sobre todo el hombre de letras, las principales, las que forman la base y el fundamento de las demas, son sin duda la probidad y la beneficencia: así los vicios que les son contrapuestos, la depravación y el egoísmo, son en realidad la gangrena en la sociedad..... Sed probos y gozaréis la inefable satisfacción y tranquilidad de espíritu que produce el bien obrar. Si, por el contrario, por una desgracia lamentable, abandonáis la práctica de la virtud vivificadora, ¡cuánta vergüenza y confusión os esperan! ¡qué sobresalto continuo! ¡qué amargura de ánimo, qué terror, y qué cúmulo de males! Tal será el fruto de semejante descarrío, que á toda maldad marcó la naturaleza con las horribles y tremendas notas de la vergüenza y del miedo. El empacho y el temor son manchas que afean el rostro del malvado, y que revelan el cáncer oculto y devorador que roe sus entrañas y que destroza en su corazón el lazo que lo unía á la sociedad, el sentimiento de la justicia, único vínculo capaz de mantener en pié las naciones.”

¡Qué rasgos tan verdaderamente oratorios y tan filosóficos! En la pintura de los caracteres muestra conocimientos muy profundos. Hé aquí la que hace del egoísta y del benéfico:

“Imprescindible obligación tenemos de ser benéficos, tanto como de ser justos; y esta obligación común á todos los hombres, es mucho mayor en los que con el carácter público ejercen una profesión literaria, porque ellos

son depositarios del sagrado tesoro de las ciencias y deben repartirlo con liberalidad. El hombre que sepulta consigo sus conocimientos, que oculta su saber para que á nadie aproveche, es el peor de los egoístas, es el peor de los avaros, es un hombre perdido para la sociedad y detestable por todos cuantos aspectos se le considere; por el contrario, *el hombre benéfico que por cuantos caminos puede, y principalmente con su saber, va haciendo bien por donde pasa, es el mejor de los ciudadanos, es el hombre eminentemente social, cumple bien con su deber, se concilia el amor y el respeto de todos sus hermanos, y sobre todo, siente la satisfacción interior, el inefable gozo y la deliciosa expansión del ánimo, que siguen siempre á una buena obra.*”

Por boca de nadie, como por la de Gonzalitos, pudo la beneficencia con tanta energía, con tanta dulzura, haber expresado los goces que proporciona al que la ejercita. ¡Virtud sublime que deben poner en práctica los ciudadanos cada momento! ¡El hombre es tan miserable y tan impotente, y sus necesidades tan urgentes y continuas..... ¡cómo podría satisfacerlas? ¡Y cómo podría hallar la dicha á que le inclina poderosamente su propia naturaleza? En la unión está el poder, y la unión, por la beneficencia, es indisoluble. La virtud es un eslabón que el tiempo no destruye.

En su segundo discurso, y que leyó la noche, que dió lectura á su Oda *La sabiduría*, se propuso enseñar prácticamente á los jóvenes el modo de conseguir la virtud y tomó por epígrafe aquel verso de Horacio:

Virtum es vitium fugere et sapientia
Prima Stultitia caruisse.

Cuyo pensamiento podría traducirse:

Es virtud el huir del vicio insano
Y gran ciencia no ser necio, ni vano.

O como dijo el maestro Fray Luis de León
en alusión bellísima:

Si prendiere la capa,

Huye, que sólo aquel que huye escapa.

Su modo de raciocinar es poderoso, su lógica incontrastable, y sorprende con los conocimientos que muestra del corazón humano. ¿Puede escribirse con más elegancia y energía que como se vé en el siguiente párrafo, sin dejar traslucir el trabajo y la obediencia casi servil á las reglas?

“No hagáis cosa alguna de las que reprueba la sana razón; huid como de un contagio pestilente de la pereza que embrutece, de la impiedad que degrada, del fanatismo que obseca, de la ingratitud que desnaturaliza, del egoísmo que aísla, de la disolución que destruye, de la ira que ciega, de la avaricia que envilece, de la mentira que deshonra y de la intemperancia que aniquila, y de todo aquello que repugna á la santidad de la religión, á la pureza de la moral, á la integridad de la justicia y al bien de la sociedad. Apartaos no solamente de los vicios, sino también de los viciosos, porque la maldad contagia: y cuando vieréis á esos infelices que, por haber dejado la senda de la virtud y desoído la voz de la sabiduría, cayeron en la inmundicia de los vicios, decidles con el Rey poeta: “Apartaos

de mí todos los que obráis la iniquidad. Separaos, pues, cuidadosamente de los vicios y de los que los practican, porque en el combate contra las pasiones, la victoria más segura es la que se alcanza huyendo. Considerad cuan reprehensible temeridad sería querer combatir abiertamente con tan formidables enemigos, como son las pasiones, que tantas veces han derribado á las almas más fuertes y privilegiadas! De aquí es que la buena razón aconseja la fuga, como el medio más seguro de salvación. Y considerad también que jamás llegará á ser virtuoso el que primero no se aparte de la maldad, porque la virtud y el vicio son como la luz y las tinieblas, que se excluyen mutuamente y no pueden estar juntas jamás.”

Pero el discurso en que asombra con su instrucción y con las galas con que adorna, sin recargar, su dialéctica, es, á nuestro juicio, el que pronunció la noche del 31 de Agosto de 1863 en que tuvo lugar la tercera distribución de premios.

El exordio es brillante y seductor. Nos contentaremos con tomar algunos de sus párrafos.

Al hablar de la historia dice:

“Y ambas (la Geografía y la Cronología) son un preliminar indispensable para el utilísimo y deleitoso estudio de la historia: de la historia, de ese testigo fiel de lo pasado, de ese consejero imparcial y sabio de los gobernantes, de ese juez inexorable de los hombres públicos, que, despojándolos del prestigio de que

estuvieron rodeados, y juzgándolos por solas sus acciones, los presenta cuales fueron para que vivan en la memoria de los hombres, coronados de gloria por sus virtudes, ó cubiertos de ignominia por sus iniquidades; de esa guía segura que, sacando al hombre de los estrechos límites de su efímera existencia, lo trasporta, atravesando siglos, á los mas remotos tiempos, haciéndolo contemporáneo de los hombres más célebres y ciudadano de todas las naciones; de esa maestra en fin que, haciéndonos aprovechar la experiencia de los que nos precedieron, nos enseña á dirigir de la mejor manera nuestras acciones, pues ella es la que, como ha dicho muy bien Cesar Cantú, *debe hacer redundar en provecho de los hijos, la cosecha de dolores padecidos por los padres.*"

Y hé aquí la enumeración de las cualidades que se requieren para estudiar medicina:

"Aquel de entre vosotros que, dotado de un corazón sensible, sepa compadecer las miserias de sus semejantes, que tenga un entendimiento claro, inclinación al bien, grande amor al estudio y un espíritu fuerte que lo haga á propósito para desempeñar un gravísimo y difícil ministerio; dedíquese al muy útil aunque penoso y dilatado estudio de la medicina."

Y ved como habla de la jurisprudencia:

"Y el que haya recibido de la naturaleza un conocimiento instintivo de lo justo y de lo injusto, un juicio recto, un deseo insaciable de saber, una inteligencia clara y perspicaz y un invariable amor á la justicia, abrace desde lue-

go el vasto y profundo campo de la jurisprudencia, sin que lo arredre lo extenso del camino, que tiene que recorrer, pues esta ciencia tan necesaria á la sociedad, tiene por precisos é indispensables auxiliares á todos los conocimientos humanos. ¡Ciencia preciosa y eminente que desentraña de lo más recóndito la injusticia y la iniquidad, y que señala claramente los derechos y deberes del hombre y de las naciones! Ella robustece el brazo de sus adeptos, armándolos, ya con la egida de la razón, ó ya con la cuchilla de la ley, para que defiendan con eficacia la inocencia injustamente oprimida, ó castiguen con energía el crimen donde quiera que se encuentre; ella enseña y reduce á principios ciertos el arte difícil y peligroso de gobernar; y ella, considerando los pueblos, sus necesidades, sus condiciones y sus intereses, inicia en el arte todavía más difícil y espinoso de dictar leyes á los Estados bajo los preceptos de la sabiduría y las invariables reglas de justicia."

Los discursos cuarto y quinto son esencialmente históricos, esto es, domina en ellos ese elemento, ya refiriendo la historia de la instrucción secundaria en Nuevo-León, ó ya presentando grandes modelos de hombres esclarecidos.

Ved el cuadro que traza de Nuevo-León: relativamente á la instrucción pública:

"Graves dificultades han superado los pueblos todos de la tierra para progresar un poco; pero Nuevo-León ha tenido, acaso, que ven-

cerlas más numerosas y mayores. Bajo el gobierno colonial ni sintió el peso de la cadena, ni gozó la paz de la dominación. No pagaba tributos, ni gabelas. Poco ó nada obedecía las órdenes de los vireyes y de la corte, porque las enervaba la distancia. Esto hizo decir al Padre Santamaría, (1) que Carabajal había dejado aquí la mala semilla de la inobservancia. En cambio el nuevoleonés era soldado toda su vida, equipado á su costa y en cotidiana guerra con los salvajes. Pueblo pobre y nunca en paz ¡qué malas condiciones para poder progresar en la instrucción! Hecha la independencia, subsistían las mismas causas de atraso, y además la necesidad de mantener un gobierno completo, siendo tan pequeños sus recursos, es decir, se añadió una dificultad más. Después las continuas revueltas políticas y la malhadada intervención añadieron dificultades á dificultades: y hoy las multiplica la pública miseria; de manera que son como las cabezas de la hidra de Lerna, que donde una se cortaba brotaban otras nuevas. Y sin embargo de todo esto; Nuevo-León ha progresado. Compárese un siglo con otro, un decenio con el que le antecedió y se verá el adelanto. Necesario es tener fé en el porvenir, porque: *quien no espera vencer ya está vencido.*" (2)

En el segundo de aquellos dos discursos, después de demostrar la necesidad del hombre de marchar de progreso en progreso, "y sin po-

(1) Relación histórica de la colonia del N. Santander t. I, pag. 203.

(2) Olmedo, "La victoria de Junín."

"der jamás detenerse, dice, como el Judío de la fábula, que debe andar errante y sin saber "á donde va, hasta la consumación de los siglos," entra en la reseña de la instrucción en México desde su conquista.

Verdaderamente asombrosa es la erudición que brilla en este discurso.

Concluye la enumeración que hace de muchos esclarecidos mexicanos, como se ve en seguida:

"En los dos siguientes siglos ilustraron sus nombres.....El príncipe de nuestros poetas dramáticos, D. Juan Ruiz de Alarcón llenando la Europa con sus bellísimas comedias: el asombroso Polígloto D. Luis Becerra Tanco, á quien un moderno escritor llama el Mezzofanti Mexicano, hablando con perfección diez lenguas: el cronista Betancourt, componiendo su Teatro mexicano: el célebre Torquemada escribiendo su Monarquía Indiana: D. Antonio de León y Gamma escribiendo Memorias sobre los satélites de Júpiter, sobre el calendario de los indios y sobre el eclipse de sol del día de San Juan del año de 1778: D. Joaquín Velázquez Cárdenas y León determinando, con precisión astronómica, la verdadera situación de México en el globo, y descubriendo los enormes yerros que tenían los mapas del Nuevo Mundo: D. Mariano Veytia desentrañando con inaudito trabajo la historia antigua de México, de entre todo lo escrito hasta su tiempo y de una copiosísima colección de pinturas antiguas; y, por fin, aquella multitud de Jesuitas Mexicanos expulsos, que inundaron la Italia con un prodi-